

# La lectura solo se abandona

## Roberto A. Ferro (1944-2023)



Silvana López

La convicción de que el texto literario no aparece como un monolito decodificable sino como un espacio inestable, que absorbe, agrega, desplaza, transfigura, articulando redes de relaciones con textos precedentes, señala uno de los puntos de partida con los que Roberto Ferro se aproximaba a la literatura para luego nombrar y re-nombrar los diversos modos de la lectura, como trabajo, como pasión crítica, como despliegue de una teorización sin clausura. El leer como el encuentro entre un ojo lector y el entramado textual de una escritura en el que el crítico se dispone a indagar en “el resto perpetuo y mutable que es la cifra incandescente de lo literario”.

Dos momentos, que se resignifican ahora —ante la fatalidad de estar ensayando un homenaje a Roberto Ferro, maestro generoso pero implacable y, a la vez, el lector más atento—: uno, Roberto niño, leyendo a escondidas la tira del detective Vito Nervio, con guión de Leonardo Wadel y dibujos de Alberto Breccia. Otro, una tarde de 1972, en la que alguien que participaba de un grupo de estudios —modalidad de conspiración clandestina mediante la que se pretendía estar al tanto de las nuevas corrientes de la crítica y la teoría— lanza, a la mesa de un bar de la calle Corrientes, *De la gramatología* de Jacques Derrida; el “hay que leerlo” se impuso como una opción ineludible.

El entrecruzamiento de esas escenas colocan a Ferro en el desvío, en el ir en la vereda contraria a las pretensiones de los padres y en el desviarse de una biblioteca que bajaba compacta de las altas casas de estudio que habían eliminado a los formalistas por rusos y a los estructuralistas por el sedicioso Mayo Francés. Ese buscar más allá o en lo que queda afuera de lo impuesto delinea en el aparato crítico y literario de Ferro, sin pretensión de exhaustividad, la figura del crítico como detective y la escritura, de los textos que participan del espacio literario, como marcas y remarcas de rastros y remisiones sin fin. Asimismo, ese inicio como lector mediante un género popular como el policial y la lectura de un pensamiento de la huella que nunca se confundirá con una fenomenología de la escritura, cuajan en una incesante indagación por el sentido de la lectura como un objetivo sin final que persigue huellas, indicios, con la convicción de que no hay ninguna verdad al final de la travesía, sólo modos de nombrar los posibles sentidos de un texto.

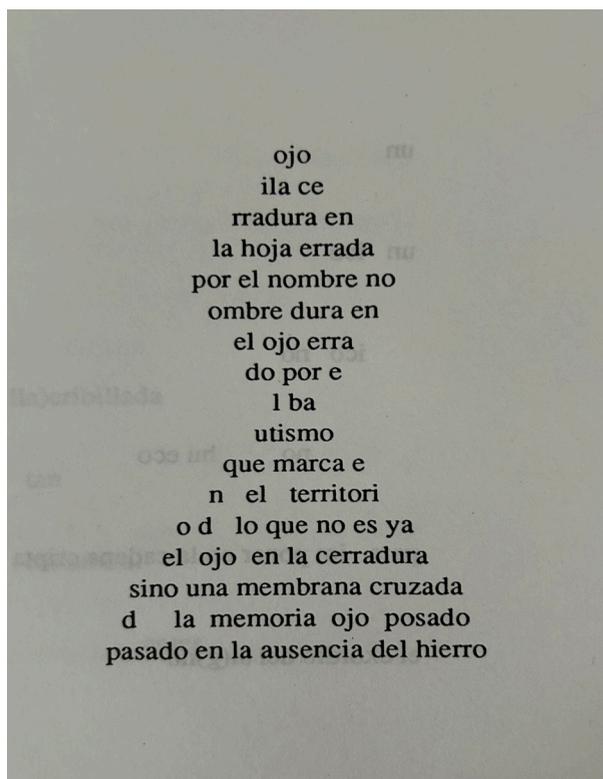
El ojo, un monograma salido de un dibujo de M.C. Escher, que detecta las marcas, los blancos y sus derivas, toma así dimensiones significativas en la confabulación tanto literaria como crítica y teórica de Ferro, como la de aquella que se tiende entre la mirada que lee y la mano que escribe.

La impronta insurgente marca su trabajo como escritor, como docente, como editor, como hacedor de revistas, en el que se entremezclan literatura y vida porque Roberto Ferro considera a la crítica literaria y el hacer crítico como una forma de la autobiografía en la que se configura un yo que demarca e interviene desplazando y espaciando su lecturaescritura, en una tensión entre legibilidad e ilegibilidad. Esas figuraciones se leen en sus textos escritos y en sus intervenciones públicas, textos en tanto el libro es para Ferro lo que se sostiene en la mano mientras la travesía es el movimiento constitutivo de una textualidad de significancias en proceso.

En ese movimiento de la lectura, como re-enunciación, como búsquedas detectivescas de indicios y de rastros, Ferro despliega las metafiguraciones del lector crítico, como lector apócrifo y su maquineta estafalaria de lectura, como contrabandista y su estar fuera de la ley por desconocer la unidad y la clausura de un texto; en ellos resuenan, entre otros, la presencia de Hermes, el criminal que borra sus huellas, el robo y los ladrones, la figura del doble y el enigma insondable del secreto. Con ese artefacto persigue, escribe y reescribe los sentidos de la poética de escritores de la literatura latinoamericana en un más acá y más allá de sus textos. Los géneros (el policial, el testimonio, el folletín, la autobiografía, entre otros), la retórica (la anáfora para trastornar el referente y la referencia), las operaciones formales (la citabilidad, los injertos, las diseminaciones) y los lenguajes conforman el marco para desbaratar las certezas y al mismo tiempo añadir hilos al tejido del texto leído. En esa dirección, *El lector apócrifo; La ficción. Un caso de sonambulismo teórico; De la literatura y los restos; Textos y mundos* enmarcan y potencian sus re-lecturas en textos y ensayos sobre Juan Carlos Onetti, Julio Cortázar, Rodolfo Walsh, Macedonio Fernández, Jorge Luis Borges, Salvador Elizondo, Carlos Liscano, José Eustaquio Rivera, Enrique Bernardo Nuñez, Jorge Di Paola, Ricardo Piglia, Manuel Scorza, Cesar Vallejo, José Lezama Lima, Alejandra Pizarnik, Ana Abregú, María Claudia Otsubo, Nilda Barba, Alejandra Jalof, Liliana Celiz, Diamela Eltit, entre otros escritores y escritoras. Sus novelas y lecturas noveladas se dejan atravesar por ese artefacto diseminado porque, ¿quién es “Jorge Cáceres”, un personaje que busca libros raros o un lector que escribe la contratapa de un texto crítico de Ferro?, o ¿quién es “Erbóreo R. Frot”, un doble anagramado o un intruso que se desplaza de otros textos?

En 1978, Roberto Ferro publica *Trazos*, un poemario en el que domina el blanco de la página como las marcas y las remarcas. El ojo se enciende. En 1985, aparece en la revista *Xul*, en la que también participa en el Consejo Editor, “El ojo ila cerradura”. El poema es publicado nuevamente, en 1997, en *grabados*, junto a “Eurídice ha ido al ágora”, un poemario de pequeño formato con un ojo de M. C. Escher en la tapa. Este último se abre con un poema que dibuja una cerradura, el ojo que mira y la mano que lee en una hoja errada en la que proliferan infinitos sentidos por el corte, la juntura, el desplazamiento, una confabulación que retiene y anuncia el gesto autobiográfico de un lectorescritor que contrabandea entre la literatura y la crítica.

Para dar el tono y de nuevo en el abrirse del texto, esas marcas replican en aquello que Roberto Ferro escribe sobre la filosofía de Jacques Derrida, particularmente en el comienzo de *Escritura y desconstrucción. Lectura (h)errada con Jacques Derrida* (1992). Un inicio que reenvía a la maquineta (f)erreana, la del incesante diálogo entre la resistencia del texto literario y el asedio de la lectura crítica, en el intento imposible pero re-iterativo, el de zanjar la grieta entre significado y literalidad.



Roberto Ferro, "el ojo ila cerradura", *grabados*. Buenos Aires, Ediciones Último Reino, 1997.

[ ]ERRADO, DA (De errar) p.p. de. // adj. Que yerra.

[ ]ERRAR (Del latín *errare*) tr. Equivocarse, no acertar. // Faltar, no cumplir con lo que se debe. // int. Andar vagando de un lugar a otro. // Divagar el pensamiento, la atención, la imaginación.

[H]ERRADA: (Del latín *ferrata*) f. recipiente o cubo de madera, sujeto con grandes aros de hierro o de latón, y más ancho en la base que en la boca. // adj. Dícese del agua en que se han apagado clavos candentes y se suele usar contra la anemia.

[H]ERRADO: (Del latín *ferratus*, de hierro) m. ant. [H]errada.

[H]ERRADO, DA: p.p. de [h]errar // adj. Que ha sido [h]errado. // Operación de [h]errar.

[H]ERRAR: (De *ferrar*) tr. Colocar las herraduras a las caballerías. // Marcar con un hierro candente los ganados, artefactos, esclavos o malhechores. // Guarnecer de hierro algún artefacto. // ant. Poner a alguien grillos u otras prisiones de hierro.

